CERVANTE
PERSILE
Y
SIGISMUNDA

I

R
86658

A-429/1

TRABAJOS
DE PERSILES
Y SIGISMUNDA.

TOMO I.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA.

HISTORIA SETENTRIONAL

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

A DON PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO,

CONDE DE LEMOS.

TOMO I.

EN MADRID
POR *DON ANTONIO DE SANCHA*
AÑO DE M. DCC. LXXXI.
Se hallará en su Libreria, en la *Aduana Vieja.*

Con las Licencias necesarias.

TRABAJOS
DE PERSILES
Y SIGISMUNDA.

HISTORIA SEPTENTRIONAL

POR

MIGUEL DE CERVANTES

SAAVEDRA.

BIBLIOTECA NACIONAL
Comunidad de Madrid

A DON PEDRO FERNANDEZ

DE CASTRO,

CONDE DE LEMOS.

TOMO I.

EN MADRID
POR DON ANTONIO DE SANCHA.
AÑO DE M. DCC. LXXXI.
Se hallará en su Librería, en la Aduana Vieja.

Con las licencias necesarias.

AL EXCmo. SEÑOR

CONDE DE FLORIDA-BLANCA,

PRIMER SECRETARIO DE ESTADO,

Y DEL DESPACHO,

DEL CONSEJO DE ESTADO,

CABALLERO DE LA REAL

Y DISTINGUIDA ORDEN

DE CARLOS III. &c.

SEÑOR.

LA exaltacion de V. E. constituyó una época feliz en la Historia literaria de España. Los sabios consiguieron un Mecenas ilustrado, y cuya proteccion no admite límites.

El

El privado de Augusto favoreció los ingenios que florecian en su tiempo, para immortalizar su nombre, gratificandolos como unicos depositarios, y árbitros de la fama póstuma. V. E. atiende aún á los sabios de quienes solo vive la memoria en sus escritos, que ineditos y sepultados en el olvido deben á V. E. el verse restituidos á la luz pública.

Son un testimonio irrefragable de esta verdad las obras del insigne Cronista Juan Ginés de Sepulveda, que ha corregido y publicado la Real Academia de la Historia de orden y á expensas de S.M. por influxo de V. E. y las de Xenofonte, que se leen en Griego y Castellano.

Un escritor tan famoso como Miguel de Cervantes Saavedra tiene un derecho notorio á la mis-

ma

ma proteccion, y se halla ultimamente calificado con el voto de la Real Academia Española, bien demostrado en su edicion magnifica de el ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha.

Parece que con igual razon se puede publicar baxo el patrocinio de V. E. una impresion hecha con el cuidado posible de los trabajos de Persíles y Sigismunda, que escribió el mismo Autor. Esta fué la ultima de sus obras, y la primera en su estimacion, y en la de los hombres de mas solidéz y critica.

No tiene tantos atractivos como otra para el aplauso popular; pero encierra mas merito. Es admirable por la invencion, el artificio, el enlace de los episodios, el estilo, y la oportunidad y economia de las descripciones. Concederá con justicia la palma á Cervantes quien com-

compare esta obra con la que de igual argumento escribió el Griego Heliodoro.

En estos terminos no podia menos de dedicar á V. E. la que se reputa por la mejor obra de uno de los mejores Autores Españoles. Esto no es eleccion ni obsequio, sino deuda que satisface un hombre reconocido á V. E. que desea contribuir á sus designios de fomentar la literatura de España con la publicacion de las obras de nuestros escritores mas insignes. Con esta confianza y objeto la ofrece,

EXCMO. SEÑOR,

A. L. P. de V. E.

ANTONIO DE SANCHA.

PROLOGO
DEL EDITOR.

NO son pocos los sabios, que, no obstante el notorio merito de todas las obras del famoso Español Miguel de Cervantes Saavedra y sin embargo de los repetidos elogios prodigados principalmente à la *Vida y Hechos de Don Quixote de la Mancha*, que ha corrido siempre con la primera estimacion, dan la preferencia sobre todas ellas à los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, que presento al publico de nuevo en esta edicion.

El Maestro Joseph de Valdivieso, ingenio solido y adornado de todas las amenidades del buen gusto, en la aprobacion que dió en Madrid à 9 de Setiembre de 1616. para la impresion de

este libro, dice, *que de quantos dexó escritos, ninguno es mas ingenioso, mas culto, ni mas entretenido*; autoridad de tanto peso, que me escusa de la reproduccion de otras muchas.

Y verdaderamente, quien considere en esta Fabula corregidas las faltas de estilo y construccion, que se advierten en el *Quixote*, evitados los descuidos de plan que alli se notan, tan completamente anudados los cabos que dejó sueltos en aquella invectiva, redondeada (si asi puede decirse) la máquina de este hermoso escrito y salvada en él la afectacion en la colocacion y lenguage que se halla en otros del mismo ingenio: no debe tener por temeraria una opinion que sobre otros muchos solidos fundamentos, tiene el de coincidir con la del mismo Autor, que en varios lugares, haciendo mencion de esta Fabula, parece, la considera como la mas estimable de sus producciones. Entre otros

es notable el pasage con que concluye la epistola dedicatoria, con que remite al Conde de Lemos la Segunda Parte del *Quixote*, que es como se sigue: *Ofreciendo à V. E. los Trabajos de Persiles y Sigismunda, libro à quien daré fin dentro de quatro meses*, Deo volente, *el qual ha de ser ò el mas malo ò el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento, y digo que me arrepiento de haber dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos ha de llegar al estremo de bondad posible.*

Estas razones y el espiritu de patriotismo que me anima, junto con el exemplo que acaba de dar à la Nacion la Real Academia Española en la suntuosa edicion de *Don Quixote* que ha publicado, me han movido à hacer un obsequio al claro nombre de su Autor, con reimprimir esta Obra, que prescin-

diendo de cotejos y parangones, tiene un muy sobresaliente è indisputable merito.

La muerte de Cervantes acaecida acaso pocas horas despues de escrita la Dedicatoria de esta obra à su Mecenas el Conde de Lemos, à quien por ventura han hecho mas famoso los elogios dados por Cervantes à sus liberalidades, que sus ilustres y dignas circunstancias, ocasionó el disgusto que hoy esperimentamos, al ver lo incorrecto de las muchas impresiones que de ella se han repetido, que parece haberse hecho solamente, para reproducir errores, descuidos y aun absurdos.

Por esta razon no ha habido lugar à eleccion en el que debia servir de original, cuya falta se ha procurado suplir por la diligencia y exactitud del sugeto que se encargó de su correccion, en cuyo trabajo advertirá, quien quisiere examinarle, innumerables enmiendas,

das, muchos suplementos y muchisimas restituciones, sin lo qual era quasi imperceptible en lo general el sentido del Discurso: el qual se ha dividido en secciones y parrafos por todos los Capitulos, para hacer mas descansada la lectura.

Aunque los epigrafes de estos no son esencialmente necesarios, antes bien, segun yo pienso, sirven de estorbo en las obras y como que quitan con su anticipada y seca prevencion el sabor que dá la novedad de las especies segun se van leyendo, he juzgado à proposito poner, como por apendice, los que se hallan en la edicion en quarto hecha en Madrid el año de 1719. mas como por indice, para facilitar el uso de la obra, que porque haya creido defecto de ella el haberlos omitido su Autor por la mayor parte.

En quanto à la elegancia de la impresion, calidad del papel, dibuxo y

grabado de las laminas y viñetas no he escaseado dispendio alguno, ni diligencia, que haya considerado necesaria para conservar con el publico y principalmente con nuestra nacion el buen nombre de exacto y cuidadoso en mis empresas, que me ha adquirido mi esmero y la bondad de los que me favorecen.

APROBACION.

Por mandado de V. A. he visto el libro de los *Trabajos de Persíles* de Miguel de Cervantes Saavedra, ilustre hijo de nuestra nacion, y padre ilustre de tantos buenos hijos, con que dichosamente la ennobleció: y no hallo en él cosa contra nuestra Santa Fé Catolica y buenas costumbres, antes muchas de honesta y apacible recreacion, y por él se podria decir, lo que San Geronimo de Origenes, por el Comentario sobre los Cantares: *Cúm in omnibus omnes, in hoc se ipsum superavit Origenes*: pues de quantos nos dexó escritos, ninguno es mas ingenioso, mas culto, ni mas entretenido: en fin cisne de su buena vejez casi entre los apretos de la muerte cantó este parto de su venerado ingenio. Este es mi parecer, salvo, &c. En Madrid à nueve de Setiembre de mil y seiscientos y diez y seis años.

El Maestro Joséf de Valdivieso.

DE D. FRANCISCO DE URBINA, à Miguel de Cervantes, insigne y christiano ingenio de nuestros tiempos, à quien llevaron los Terceros de San Francisco à enterrar con la cara descubierta, como à Tercero que era,

EPITAFIO.

Caminante, el peregrino
Cervantes aqui se encierra:
Su cuerpo cubre la tierra,
No su nombre, que es divino.
En fin hizo su camino;
Pero su fama no es muerta,
Ni sus obras, prenda cierta,
De que pudo à la partida
Desde esta à la eterna vida
Ir, la cara descubierta.

A EL SEPULCRO DE MIGUEL de Cervantes Saavedra, ingenio christiano, por Luis Francisco Calderon

SONETO

En este, ò caminante, marmol breve,
Urna funesta, sino excelsa pira,
Cenizas de un ingenio santas mira,
Que olvido y tiempo à despreciar se atreve.

No tantas en su orilla arenas mueve
Glorioso el Tajo, quantas hoy admira
Lenguas la suya, por quien grata aspira
A el lauro España, que à su nombre debe.

Lucientes de sus libros gracias fueron
Con dulce suspension su estilo grave,
Religiosa invencion, moral decoro.

A cuyo ingenio los de España dieron
La solida opinion que el mundo sabe,
Ya el cuerpo ofrenda de perpetuo lloro.

A DON PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO,

CONDE DE LEMOS, DE Andrade, de Villalva, Marqués de Sarria, Gentil-hombre de la Camara de su Magestad, Presidente del Consejo Supremo de Italia, Comendador de la Encomienda de la Zarza, de la Orden de Alcantara.

AQUELLAS coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pie en el estrivo*: quisie-

siera yo, no vinieran tan à pelo en esta mi epistola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran Señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la Extrema-uncion y hoy escribo esta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir y quisiera yo ponerle coto, hasta besar los pies à V. E., que podria ser fuese tanto el contento de ver à V. E. bueno en España, que me volviese à dar la vida: pero si está decretado que la haya de perder, cumplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa V. E. este mi deseo y sepa que tubo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte, mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecia, me alegro de la llegada de V. E., regocijome de verle señalar con el dedo, y realegrome

de

de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E. Todavia me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos, de las *Semanas del jardin*, y del famoso *Bernardo*, si à dicha, por buena ventura mia, que ya no sería sino milagro, me diese el cielo vida, las verá y con ellas fin de la *Galatea*, de quien sé, está aficionado V. E. y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios à V. E., como puede. De Madrid à diez y nueve de Abril de mil y seiscientos y diez y seis años.

Criado de Vuesa Excelencia
Miguel de Cervantes.

PRO-

PROLOGO.

SUCEDIÓ pues, Lector amantisimo, que viniendo otros dos amigos mios y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linages y otra por sus ilustrisimos vinos, sentí, que à mis espaldas venia picando con gran priesa uno que al parecer, trahia deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dandonos voces, que no picasemos tanto. Esperamosle y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venia vestido de pardo, antiparas, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales: verdad es, no trahia mas de dos, porque se le venia à un lado la valona por momentos y él trahia sumo trabajo y cuenta de enderezarla: llegando à nosotros dixo: ¿Vuesas mercedes van à alcanzar algun oficio ò prebenda à la Corte, pues allá está su Ilustrisima de Toledo y su Magestad ni mas ni menos, segun la priesa con que caminan,

nan, que en verdad que à mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de una vez? A lo que respondió uno de mis compañeros : El rocin del Señor Miguel de Cervantes tiene la culpa desto, porque es algo que pasilargo. Apenas hubo oído el estudiante el nombre de Cervantes, quando apeandose de su cavalgadura, cayendosele aqui el coxin y alli el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió à mí y acudiendo à asirme de la mano izquierda, dixo : Si, si, este es el manco sano, el famoso todo, escritor alegre y finalmente el regocijo de las Musas. Yo que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme no ser cortesia, no corresponder à ellas y asi abrazandole por el cuello, donde le eché à perder de todo punto la valona, le dixe : Este es un error donde han caido muchos aficionados ignorantes ; yo, señor, soi Cervantes, pero no el regocijo de las Musas, ni ninguna de las demas baratijas que ha dicho vuesa merced : vuelva à cobrar su burra y suba y caminemos en buena conver-

versacion lo poco que nos falta del camino : hizolo asi el comedido estudiante , tubimos algun tanto mas las riendas , y con paso asentado seguimos nuestro camino , en el qual se trató de mi enfermedad , y el buen estudiante me deshaució al momento diciendo : Esta enfermedad es de hidropesia , que no la sanará toda el agua del mar Oceano que dulcemente se bebiese : vuesa merced , señor Cervantes , ponga tasa al beber , no olvidandose de comer , que con esto sanará sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos , respondí yo , pero asi puedo dexar de beber à todo mi beneplacito , como si para solo eso hubiera nacido; mi vida se vá recabando y al paso de las efemeridas de mis pulsos , que à mas tardar acabarán su carrera este Domingo , acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced à conocerme , pues no me queda espacio para mostrarme agradecido à la voluntad que vuesa merced me ha mostrado : en esto llegamos à la puente de Toledo y yo entré por ella, y él se apartó à entrar por la de Segovia.

via. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchallo. Tornéle à abrazar, volvióseme à ofrecer: picó à su burra y dexóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien habia dado gran ocasion à mi pluma, para escribir donaires, pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, quizá, donde añudado este roto hilo, diga lo que aqui me falta y lo que se convenia. A Dios, gracias: à Dios, donayres: à Dios, regocijados amigos, que yo me voi muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida.

TA-

TABLA
DE LOS CAPITULOS
QUE CONTIENE
ESTE PRIMER TOMO.

SEGUN LOS EPIGRAFES AÑADIDOS en la impresion de Madrid de 1719.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO. I. *Sacan à Periandro de la prision: echanle al mar en una balsa: corre tormenta y es socorrido de un navio.* Pag. 1

CAP. II. *Dase noticia de quien era el Capitan del navio. Cuenta Taurisa à Periandro el robo de Auristela: ofrecese él para buscarla, à ser vendido à los Barbaros.* 8

CAP. III. *Vende Arnaldo à Periandro en la Isla Barbara, vestido de muger.* 20

CAP. IV. *Trahen à Auristela de la prision en trage de varon, para sacrificarla: muevese guerra entre los Barbaros y ponese fuego à la Isla. Lleva un Barbaro Español à su cueva à Periandro, Auristela, Cloelia y la Interprete.* 25

CAP. V. *De la cuenta que dió de sí el Barbaro Español à sus nuevos huespedes.* 38

CAP. VI. *Donde el Barbaro Español prosigue su historia.* 50

CAP. VII. *Navegan desde la Isla Barbara à otra Isla que descubrieron.* 64
CAP. VIII. *Donde Rutilio dá cuenta de su vida.* 68
CAP. IX. *Donde Rutilio prosigue la historia de su vida.* 77
CAP. X. *De lo que contó el enamorado Portugues.* 85
CAP. XI. *Llegan à otra Isla donde hallan buen acogimiento.* 94
CAP. XII. *Donde se cuenta, de que parte y quien eran los que venian en el navio.* 100
CAP. XIII. *Donde Transila prosigue la historia à quien su padre dió principio.* 109
CAP. XIV. *Donde se declara, quien eran los que tan aherrojados venian.* 115
CAP. XV. *Llega Arnaldo à la Isla donde están Periandro y Auristela.* 123
CAP. XVI. *Determinan todos salir de la Isla prosiguiendo su viage.* 126
CAP. XVII. *Da cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa.* 133
CAP. XVIII. *Donde Mauricio sabe por la Astrologia un mal suceso que les avino en el mar.* 137
CAP. XIX. *Donde se dá cuenta de lo que dos soldados hicieron: y la division de Periandro y Auristela.* 152
CAP. XX. *De un notable caso que sucedió en la Isla Nevada.* 161
CAP. XXI. *Salen de la Isla Nevada en el navio de los Cosarios.* 168
CAP. XXII. *Donde el Capitan da cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba à hacer en su Reyno el Rey Policarpo.* 172

CAP.

CAP. XXIII. *De lo que sucedió à la zelosa Auristela, quando supo que su hermano Periandro era el que habia ganado los premios del certamen.* 181

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I. *Donde se cuenta como el navio se volcó con todos los que dentro dél iban.* 189
CAP. II. *Donde se cuenta un estraño suceso.* 194
CAP. III. *Sinforosa cuenta sus amores à Auristela.* 205
CAP. IV. *Donde se prosigue la historia y amores de Sinforosa.* 214
CAP. V. *De lo que pasó entre el Rey Policarpo y su hija Sinforosa.* 221
CAP. VI. *Declara Sinforosa à Auristela los amores de su padre.* 233
CAP. VII. *Donde Rutilio enamorado de Policarpa y Clodio de Auristela, las escriben declarandolas sus amores. Rutilio conoce ser atrevimiento y rompe su papel sin darle; pero Clodio determina dar el suyo.* 241
CAP. VIII. *De lo que pasó entre Sinforosa y Auristela. Resuelven todos los forasteros salir luego de la Isla.* 250
CAP. IX. *Dá Clodio el papel à Auristela: Antonio el Barbaro le mata por yerro.* 260
CAP. X. *De la enfermedad que sobrevino à Antonio el mozo.* 268
CAP. XI. *Cuenta Periandro el suceso de su viage.* 274

CAP.

CAP. XII. *De como Zenotia deshizo los hechizos para que sanase Antonio el mozo; pero aconseja al Rey Policarpo no dexe salir de su Reyno à Arnaldo y los demas de su compañia.* 291
CAP. XIII. *Prosigue Periandro su agradable historia y el robo de Auristela.* 298
CAP. XIV. *Dá cuenta Periandro de un notable caso que le sucedió en el mar.* 310
CAP. XV. *Refiere lo que le pasó con Sulpicia, sobrina de Cratilo, Rey de Lituania.* 322
CAP. XVI. *Prosigue Periandro sus acaecimientos y cuenta un estraño sueño.* 332
CAP. XVII. *Prosigue Periandro su historia.* 341
CAP. XVIII. *Traicion de Policarpo por consejo de Zenotia. Quitanle à él el Reyno sus vasallos, y à ella la vida. Salen de la Isla los Huespedes, y van à parar à la Isla de las Ermitas.* 347
CAP. XIX. *Del buen acogimiento que hallaron en la Isla de las Ermitas.* 357
CAP. XX. *Cuenta Renato la ocasion que tubo para irse à la Isla de las Ermitas.* 370
CAP. XXI. *Cuenta lo que le sucedió con el caballo tan estimado de Cratilo, como famoso.* 379
CAP. XXII. *Llega Sinibaldo hermano de Renato, con noticias favorables de Francia. Trata de volver à aquel Reyno con Renato y Eusebia. Llevan en su navio à Arnaldo, Mauricio, Transila y Ladislao: y en el otro se embarcan para España Periandro, Auristela, los dos Antonios, Ricla y Constanza: y Rutilio se queda alli por Ermitaño.* 386

LIBRO PRIMERO

DE LA HISTORIA

DE LOS TRABAJOS

DE

PERSILES Y SIGISMUNDA.

CAPITULO I.

VOzes daba el barbaro Corsicurbo à la estrecha boca de una profunda mazmorra, antes sepultura que prision de muchos cuerpos vivos que en ella estaban sepultados; y aunque su terrible y espantoso es-

truendo cerca y lexos se escuchaba, de nadie eran entendidas articuladamente las razones que pronunciaba, sino de la miserable Cloelia, à quien sus desventuras en aquella profundidad tenian encerrada. Haz, ò Cloelia, (decia el barbaro) que asi como está, ligadas las manos atras, salga acá arriba atado à esa cuerda que descuelgo, aquel mancebo, que habrá dos dias que te entregamos: y mira bien, si entre las mugeres de la pasada presa hay alguna, que merezca nuestra compañia, y gozar de la luz del claro cielo que nos cubre, y del ayre saludable que nos rodea. Descolgó en esto una gruesa cuerda de cañamo, y de alli à poco espacio él y otros quatro barbaros tiraron hácia arriba, en la qual cuerda ligado por debaxo de los brazos sacaron asido fuertemente à un mancebo, al parecer, de hasta diez y nueve, ò veinte años, vestido de lienzo basto como marinero, pero hermoso sobre todo encarecimiento.

Lo primero que hicieron los barbaros, fue requerir las esposas y cordeles, con que à las espaldas trahía ligadas las manos: luego le sacudieron los cabellos, que como in-

fi-

finitos anillos de puro oro la cabeza le cubrian: limpiaronle el rostro, que cubierto de polvo tenia, y descubrió una tan maravillosa hermosura, que suspendió y enterneció los pechos de aquellos, que para ser sus verdugos le llevaban. No mostraba el gallardo mozo en su semblante genero de afliccion alguna, antes con ojos al parecer alegres, alzó el rostro, y miró al cielo por todas partes, y con voz clara, y no turbada lengua dixo: Gracias os hago, ó inmensos y piadosos cielos, de que me habeis trahido à morir, adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos escuros calabozos, de donde ahora salgo, de sombras caliginosas la cubran: bien querria yo, no morir desesperado alomenos, porque soy Christiano; pero mis desdichas son tales, que me llaman, y casi fuerzan à desearlo. Ninguna destas razones fue entendida de los barbaros, por ser dichas en diferente lenguage que el suyo, y assi cerrando primero la boca de la mazmorra con vna gran piedra, y cogiendo al mancebo, sin desatarle, entre los quatro, llegaron con él à la marina, donde tenian una balsa de maderos, y atados unos con otros

con fuertes bexucos y flexibles mimbres. Este artificio les servia, como luego pareció, de baxel en que pasaban à otra isla, que no dos millas ò tres de alli se parecia : saltaron luego en los maderos, y pusieron en medio dellos sentado al prisionero, y luego uno de los barbaros asió de un grandisimo arco, que en la balsa estaba, y poniendo en él una desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal, con mucha presteza le flechó; y encarando al mancebo, le señaló por su blanco, dando señales y muestras, de que ya le queria pasar el pecho. Los barbaros que quedaban, asieron de tres palos gruesos cortados à manera de remos, y el uno se puso à ser timonero, y los dos à encaminar la balsa à la otra isla. El hermoso mozo, que por instantes esperaba, y temia el golpe de la flecha amenazadora, encogia los hombros, apretaba los labios, enarcaba las cejas, y con silencio profundo dentro en su corazon pedia al cielo, no que le librase de aquel tan cercano, como cruel peligro, sino que le diese animo para sufrirlo : viendo lo qual el barbaro flechero, y sabiendo, que no habia de ser aquel el genero de muerte, con que

le

le habian de quitar la vida, hallando la belleza del mozo piedad en la dureza de su corazon, no quiso darle dilatada muerte, teniendole siempre encarada la flecha al pecho, y asi arrojó de sí el arco, y llegandose à él por señas, como mejor pudo, le dió à entender, que no queria matarle.

En esto estaban, quando los maderos llegaron à la mitad del estrecho, que las dos islas formaban, en el qual de improviso se levantó una borrasca, que sin poder remediarlo los inexpertos marineros, los leños de la balsa se desligaron, y dividieron en partes, quedando en la una, que sería de hasta seis maderos compuesta, el mancebo, que de otra muerte, que de ser anegado, tan poco habia, que estaba temeroso. Levantaron remolinos las aguas, pelearon entre sí los contrapuestos vientos, anegaronse los barbaros, salieron los leños del atado prisionero al mar abierto, pasabanle las olas por cima, no solamente impidiendole ver el cielo, pero negandole el poder pedirle, tubiese compasion de su desventura; y sí tubo: pues las continuas y furiosas ondas que à cada punto le cubrian, no le arrancaron de los leños, y se

le llevaron consigo à su abismo: que como llevaba atadas las manos à las espaldas, ni podia asirse, ni usar de otro remedio alguno. De esta manera que se ha dicho, salió à lo raso del mar, que se mostró algun tanto sosegado y tranquilo, al volver una punta de la isla, adonde los leños milagrosamente se en caminaron, y del furioso mar se defendieron. Sentóse el fatigado joven, y tendiendo la vista à todas partes, casi junto à él descubrió un navio, que en aquel reposo del alterado mar, como en seguro puerto, se reparaba: descubrieron asi mismo los del navio los maderos, y el bulto que sobre ellos venia, y por certificarse, qué podia ser aquello, echaron el esquife al agua, y llegaron à verlo; y hallando alli al tan desfigurado como hermoso mancebo, con diligencia y lastima le pasaron à su navio, dando con el nuevo hallazgo admiracion à quantos en él estaban. Subió el mozo en brazos agenos, y no pudiendo tenerse en sus pies de puro flaco (porque habia tres dias que no habia comido) y de puro molido y mal tratado de las olas, dió consigo un gran golpe sobre la cubierta del navio, el

Ca-

Capitan del qual con animo generoso y compasion natural, mandó que le socorriesen.

Acudieron luego unos à quitarle las ataduras, otros à traher conservas y odoríferos vinos, con cuyos remedios volvió en sí como de muerte à vida el desmayado mozo, el qual poniendo los ojos en el Capitan, cuya gentileza y rico trage le llevó tras si la vista y aun la lengua, y le dixo: Los piadosos cielos te paguen, piadoso señor, el bien que me has hecho: que mal se pueden llevar las tristezas del animo, sino se esfuerzan los descaecimientos del cuerpo: mis desdichas me tienen de manera, que no te puedo hacer ninguna recompensa deste beneficio, sino es con el agradecimiento: y si se sufre, que un pobre afligido pueda decir de sí mismo alguna alabanza, yo sé, que en ser agradecido, ninguno en el mundo me podrá llevar alguna ventaja. Y en esto probó à levantarse, para ir à besarle los pies, mas la flaqueza no se lo permitió, porque tres veces lo probó, y otras tantas volvió à dar consigo en el suelo: viendo lo qual el Capitan, mandó que le llevasen debaxo de cubierta, y le echasen en dos traspontines, y

que quitandole los mojados vestidos, le vistiesen otros enxutos y limpios, y le hiciesen descansar, y dormir. Hizose lo que el Capitan mandó: obedeció callando el mozo, y en el Capitan creció la admiracion de nuevo, viendolo levantar en pie con la gallarda disposicion que tenia, y luego le comenzó à fatigar el deseo de saber del, lo mas presto que pudiese, quien era, como se llamaba, y de que causas habia nacido el efecto que en tanta estrecheza le habia puesto; pero excediendo su cortesia à su deseo, quiso que primero se acudiese à su debilidad, que cumplir la voluntad suya.

CAPITULO II.

REposando dexaron los ministros de la nave al mancebo, en cumplimiento de lo que su señor les habia mandado; pero como le acosaban varios y tristes pensamientos, no podia el sueño tomar posesion de sus sentidos, ni menos lo consintieron unos congoxosos suspiros, y unas angustiadas lamentaciones, que à sus oídos llegaron, à su parecer, salidos de entre unas tablas de otro apar-

apartamiento, que junto al suyo estaba, y poniendose con grande atencion à escucharlas, oyó que decian: ¡En triste y menguado signo mis padres me engendraron, y en no benigna estrella mi madre me arrojó à la luz del mundo, y bien digo arrojó, porque nacimiento como el mio, antes se puede decir arrojar, que nacer! Libre pensé yo, que gozára de la luz del sol en esta vida; pero engañóme mi pensamiento, pues me veo à pique de ser vendida por esclava: desventura à quien ninguna puede compararse. O tú, quien quiera que seas, dixo à esta sazon el mancebo, si es, como decirse suele, que las desgracias y trabajos, quando se comunican, suelen aliviarse, llegate aqui, y por entre los espacios descubiertos de estas tablas cuentame los tuyos, que si en mí no hallares alivio, hallarás quien de ellos se compadezca. Escucha pues, le respondió, que en las mas breves razones te contaré las sinrazones, que la fortuna me ha hecho; pero querria saber primero, à quien las cuento. ¿Dime, si eres por ventura un mancebo, que poco ha hallaron medio muerto en unos maderos, que

emos todo lo
sin tener ne-
buscarlo. En-
preguntóle,
aso era de las
que le res-
e he pregun-
stan, que en

nuestra isla, merced al cielo, ten
necesario para la vida humana
cesidad de salir à otra parte à
tendiola muy bien Arnaldo, y
¿si era barbara de nacion, ò si à
compradas en aquella isla? A l
pondió: Respondeme tú à lo qu
tado; que estos mis amos no gu
otras platicas, me dilate, sino en

y despachamos lo que hurtamos, y entre otras presas que à nuestras manos han venido, ha sido la de esta doncella (y señaló à Periandro) la qual, por ser una de las mas hermosas, ò por mejor decir, la mas hermosa del mundo, os la trahemos à vender, que ya sabemos el efecto, para que las compran en esta isla, y si es que ha de salir verdadero el vaticinio, que vuestros Sabios han dicho, bien podeis esperar de esta sin igual belleza y disposicion gallarda, que os dará hijos hermosos y valientes.

Oyendo esto algunos de los barbaros, preguntaron à la barbara, les dixese lo que decia: dixolo ella, y al momento se partieron quatro de ellos, y fueron, (à lo que pareció) à dar aviso à su Gobernador: en este espacio que volvian, preguntó Arnaldo à la barbara, si tenian algunas mugeres compradas en la isla, y si habia alguna entre ellas de belleza tanta, que pudiese igualar à la que ellos trahian para vender: no, dixo la barbara; porque aunque hay muchas, ninguna de ellas se me iguala, porque en efecto yo soy una de las desdichadas, para ser Reyna de estos barbaros, que seria la mayor desventu-

tura que me pudiese venir. Volvieron los que habian ido à la tierra, y con ellos otros muchos y su Principe, que lo mostró ser en el rico adorno que trahia. Habiase hechado sobre el rostro un delgado y trasparente velo Periandro, por dar de improviso, como rayo, con la luz de sus ojos en los de aquellos barbaros, que con grandisima atencion le estaban mirando. Habló el Gobernador con la barbara, de que resultó, que ella dixo à Arnaldo, que su Principe decia, que mandase alzar el velo à su doncella: hizose asi: levantose en pie Periandro, descubrió el rostro, alzó los ojos al cielo, mostró dolerse de su ventura, estendió los rayos de sus dos soles à una y otra parte, que encontrandose con los del barbaro Capitan, dieron con él en tierra: alomenos asi lo dió à entender, el hincarse de rodillas como se hincó, adorando à su modo en la hermosa imagen, que pensaba ser muger, y hablando con la barbara, en pocas razones concertó la venta, y él dió por ella todo lo que quiso pedir Arnaldo, sin replicar palabra alguna. Partieron todos los barbaros à la isla, y en un instante volvieron con infinitos pedazos de oro,

y con luengas sartas de finisimas perlas, que sin cuenta y à monton confuso se las entregaron à Arnaldo, el qual luego tomando de la mano à Periandro, le entregó al barbaro, y dixo à la interprete, dixese à su dueño, que dentro de pocos dias volveria à venderle otra doncella, si no tan hermosa, à lo menos tal que pudiese merecer ser comprada. Abrazó Periandro à todos los que en el barco venian, casi preñados los ojos de lagrimas, que no le nacian de corazon afeminado, sino de la consideracion de los rigurosos trances que por él habian pasado; hizo señal Arnaldo à la nave, que disparase la artilleria, y el barbaro à los suyos, que tocasen sus instrumentos, y en un instante atronó el cielo la artilleria y la musica de los barbaros, llenaron los ayres de confusos, y diferentes sones: con este aplauso llevado en hombros de los barbaros, puso los pies en tierra Periandro, al mismo tiempo que llegó à su nave Arnaldo, y los que con él venian, quedando concertado entre Periandro y Arnaldo, que si el viento no le forzase, procuraria no desviarse de la isla, sino lo que bastase, para no ser de ella descubierto, y volver

ver à ella à vender (si fuese necesario) à Taurisa, que con la seña que Periandro le hiciese, se sabria el si, ò el no del hallazgo de Auristela, y en caso que no estubiese en la isla, no faltaria traza, para libertar à Periandro, aunque fuese moviendo guerra à los barbaros con todo su poder y el de sus amigos.

CAPITULO IV.

ENTRE los que vinieron à concertar la compra de la doncella, vino con el Capitan un barbaro, llamado Bradamiro, de los mas valientes y mas principales de toda la isla, menospreciador de toda ley, arrogante sobre la misma arrogancia, y atrevido tanto como él mismo, porque no se halla con quien compararlo. Este pues, desde el punto que vió à Periandro, creyendo ser muger, como todos lo creyeron, hizo disignio en su pensamiento de escogerla para sí, sin esperar à que las leyes del vaticinio se probasen, ò cumpliesen.

Asi como puso los pies en la ínsula Periandro, muchos barbaros à porfia le tomaron en hombros, y con muestras de infinita

a-

alegria le llevaron à una gran tienda, que entre otras muchas pequeñas en un apacible y deleytoso prado estaban puestas, todas cubiertas de pieles de animales, quales domesticos, quales selvaticos. La barbara que habia servido de interprete de la compra y venta, no se le quitaba del lado, y con palabras y en lenguage que él no entendia le consolaba: ordenó luego el Gobernardor, que pasasen à la ínsula de la prision, y traxesen de ella algun varon, si le hubiese, para hacer la prueba de su engañosa esperanza: fue obedecido al punto, y al mismo instante tendieron por el suelo pieles curtidas, olorosas, limpias y lisas de animales, para que de manteles sirviesen, sobre las quales arrojaron y tendieron sin concierto ni policía alguna diversos generos de frutas secas, y sentandose él y algunos de los principales barbaros que alli estaban, comenzó à comer, y à convidar por señas à Periandro, que lo mismo hiciese. Solo se quedó en pie Bradamiro, arrimado à su arco, clavados los ojos en la que pensaba ser muger: rogóle el Gobernador se sentase, pero no quiso obedecerle, antes dando un gran suspiro, volvió las

es-

espaldas, y se salió de la tienda. En esto llegó un barbaro, que dixo al Capitan, que al tiempo que habian llegado él y otros quatro, para pasar à la prision, llegó à la marina una balsa, la qual trahia un varon y à la muger, guardiana de la mazmorra, cuyas nuevas pusieron fin à la comida, y levantandose el Capitan con todos los que alli estaban, acudió à ver la balsa: quiso acompañarle Periandro, de lo que él fue muy contento. Quando llegaron, ya estaban en tierra el prisionero y la custodia: miró atentamente Periandro, por ver, si por ventura conocia al desdichado, à quien su corta suerte habia puesto en el mismo estremo en que él se habia visto; pero no pudo verle el rostro de lleno en lleno, à causa que tenia inclinada la cabeza, y como de industria parecia que no dexaba verse de nadie; pero no dexó de conocer à la muger, que decia ser guardiana de la prision, cuya vista y conocimiento le suspendió el alma, y le alborotó los sentidos: porque claramente, y sin poner duda alguna en ello, conoció ser Cloelia, ama de su querida Auristela: quisierala hablar, pero no se atrevió, por no entender, si acertaria ò no en ello:

llo : y asi reprimiendo su deseo como sus labios, estubo esperando, en lo que pararia semejante acontecimiento.

El Gobernador, con deseo de apresurar sus pruebas, y dar felice compañia à Periandro, mandó, que al momento se sacrificase aquel mancebo, de cuyo corazon se hiciesen los polvos de la ridicula y engañosa prueba : asieron al momento del mancebo muchos barbaros, y sin mas ceremonias que atarle un lienzo por los ojos, le hicieron hincar de rodillas, atandole por atras las manos, el qual sin hablar palabra, como un manso cordero, esperaba el golpe que le habia de quitar la vida. Visto lo qual por la antigua Cloelia, alzó la voz, y con mas aliento que de sus muchos años se esperaba, comenzó à decir : Mira, ó gran Gobernador, lo que haces : porque ese varon que mandas sacrificar, no lo es, ni puede aprovechar, ni servir en cosa alguna à tu intencion, porque es la mas hermosa muger que puede imaginarse. Habla, hermosisima Auristela, y no permitas, llevada de la corriente de tus desgracias, que te quiten la vida, poniendo tasa à la providencia de los cielos que te la pue-

pueden guardar y conservar, para que felizmente la goces. A estas razones los crueles barbaros detubieron el golpe, que ya la sombra del cuchillo se señalaba en la garganta del arrodillado. Mandó el Capitan desatarle, y dar libertad à las manos, y luz à los ojos, y mirandole con atencion, le pareció, ver el mas hermoso rostro de muger, que hubiese visto, y juzgó, aunque barbaro, que si no era el de Periandro, ninguno otro en el mundo podria igualarsele. ¿Qué lengua podrá decir, ò qué pluma escribir, lo que sintió Periandro, quando conoció, ser Auristela la condenada y la libre? Quitosele la vista de los ojos, cubriosele el corazon, y con pasos torcidos y floxos fue à abrazarse con Auristela, aquien dixo, teniendola estrechamente entre sus brazos: ¡O querida mitad de mi alma, ò firme columna de mis esperanzas, ò prenda, que no sé, si diga por mi bien, ò por mi mal hallada, aunque no será sino por bien, pues de tu vista no puede proceder mal ninguno! Ves aqui à tu hermano Periandro: y esta razon dixo con voz tan baxa, que de nadie pudo ser oída, y prosiguió diciendo: Vive, señora y hermana mia: que

que en esta isla no hay muerte para las mugeres, y no quieras tú para contigo ser mas cruel que sus moradores: confia en los cielos, que pues te han librado hasta aqui de los infinitos peligros en que te debes de haber visto, te librarán de los que se pueden temer de aqui adelante. Hay, hermano, respondió Auristela, (que era la misma que por varon pensaba ser sacrificada) hay, hermano, replicó otra vez, y como creo, que este en que nos hallamos, ha de ser el ultimo trance, que de nuestras desventuras puede temerse: suerte dichosa ha sido el hallarte, pero desdichada ser en tal lugar, y en semejante trage.

Lloraban entrambos, cuyas lagrimas vió el barbaro Bradamiro, y creyendo que Periandro las vertia del dolor de la muerte de aquel, que pensó ser su conocido, pariente, ò amigo, determinó de libertarle, aunque se pusiese à romper por todo inconveniente, y asi llegandose à los dos, asió de la una mano à Auristela, y de la otra à Periandro, y con semblante amenazador y ademan soberbio en alta voz dixo: Ninguno sea osado, si es que estima en algo su vida, de tocar à

es-

estos dos, aun en un solo cabello: esta doncella es mia, porque yo la quiero, y este hombre ha de ser libre, porque ella lo quiere. Apenas hubo dicho esto, quando el barbaro Gobernador indignado, è impaciente sobre manera puso una grande, y aguda flecha en el arco, y desviandole de sí quanto pudo estenderse el brazo izquierdo, puso la empulguera con el derecho junto al diestro oído, y disparó la flecha con tan buen tino y con tanta furia, que en un instante llegó à la boca de Bradamiro, y se la cerró quitandole el movimiento de la lengua, y sacandole el alma, con que dexó admirados, atonitos y suspensos à quantos alli estaban; pero no hizo tan à su salvo el tiro tan atrevido, como certero, que no recibiese por el mismo estilo la paga de su atrevimiento: porque un hijo de Corsicurbo, el barbaro, que se ahogó en el pasage de Periandro, pareciendole ser mas ligeros sus pies que las flechas de su arco; en dos brincos se puso junto al Capitan, y alzando el brazo le envainó en el pecho un puñal, que aunque de piedra, era mas fuerte y agudo que si de azero forjado fuera: cerró el Capitan en sem-

pi-

piterna noche los ojos, y dió con su muerte venganza à la de Bradamiro ; alborotó los pechos, y los corazones de los parientes de entrambos ; puso las armas en las manos de todos, y en un instante, incitados de la venganza y colera, comenzaron à enviar muertes en las flechas de unas partes à otras : acabadas las flechas, como no se acabaron las manos, ni los puñales, arremetieron los unos à los otros, sin respetar el hijo al padre, ni el hermano al hermano, antes como si de muchos tiempos atras fueran enemigos mortales por muchas injurias recibidas, con las uñas se despedazaban, y con los puñales se herian, sin haber quien los pusiese en paz.

Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes, y entre estas muertes, estaban juntos la antigua Cloelia, la doncella interprete, Periandro, y Auristela, todos apiñados, y todos llenos de confusion y de miedo : en mitad desta furia llevados en vuelo algunos barbaros, de los que debian de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desviaron de la contienda, y fueron à poner fuego à una selva, que estaba alli cerca, como à hacienda del Gobernador : comenzaron

ron à arder los arboles, y à favorecer la ira el viento, que aumentando las llamas, y el humo, todos temieron ser ciegos y abrasados; llegabase la noche, que aunque fuera clara, se escureciera, quanto mas siendo escura, y tenebrosa; los gemidos de los que morian, las vozes de los que amenazaban, los estallidos del fuego, no en los corazones de los barbaros ponian miedo alguno, porque estaban ocupados con la ira y la venganza, ponianle sí en los de los miserables apiñados, que no sabian que hacerse, adonde irse, ò como valerse: y en esta sazon tan confusa no se olvidó el cielo de socorrerles por tan estraña novedad, que la tubieron por milagro.

Ya casi cerraba la noche, y como se ha dicho, escura y temerosa, y solas las llamas de la abrasada selva daban luz bastante para divisar las cosas, quando un barbaro mancebo se llegó à Periandro, y en lengua castellana, que dél fue bien entendida, le dixo: Sigueme, hermosa doncella, y di, que hagan lo mismo las personas que contigo están, que yo os pondré en salvo, si los cielos me ayudan. No le respondió palabra Periandro, sino hizo, que Auristela, Cloelia y la intér-

prete se animasen, y le siguiesen, y asi pisando muertos, y hollando armas, siguieron al joven barbaro, que les guiaba: llevaban las llamas de la ardiente selva à las espaldas, que les servian de viento, que el paso les aligeráse: los muchos años de Cloelia, y los pocos de Auristela no permitian, que al paso de su guia tendiesen el suyo. Viendo lo qual el barbaro robusto, y de fuerzas, asió de Cloelia y se la echó al hombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela: la intérprete menos tierna, mas animosa, con varonil brio los seguia: de esta manera cayendo y levantando, como decir se suele, llegaron à la marina, y habiendo andado como una milla por ella, ázia la vanda del Norte, se entró el barbaro por una espaciosa cueva, en quien la saca del mar entraba, y salia: pocos pasos andubieron por ella, torciendose à una y otra parte, estrechandose en una y alargandose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agobiados al suelo, y ya en pie y derechos, hasta que salieron, à su parecer, à un campo raso, pues les pareció, que podian libremente enderezarse, que asi se lo dixo su guiador, no pudiendo verlo ellos por